

EN ESPAÑA, CON PABLO NERUDA

Por Marino GOMEZ-SANTOS



Pablo Neruda, Matilde Urrutia y Gabriel García Márquez en el patio del Museo Marítimo de Barcelona.



Pablo Neruda ha vuelto a pisar tierra española. Con su esposa, Matilde Urrutia, a la izquierda, recorre el Museo Marítimo de Barcelona durante su breve estancia en la Ciudad Condal.

COMO en una pesadilla—descente comenzaban a ocurrir las cosas. En la frontera de la noche salimos a pie por las Ramblas barcelonesas, que aparecían desiertas y húmedas. Las primeras luces rompían el cañamazo de sombra y lentamente se abría el diafragma de la mañana.

Al llegar al puerto, el trasatlántico "Verdi" estaba allí. Había cumplido puntualmente su cita. Era como una gigantesca caracola cargada de sueño. Tendidas las escalas, desierta la cubierta, sólo una lenta columna de humo ascendía por el azul como una cometa infinita.

Dentro—nos resistíamos a pensar que no fuese una pesadilla—dormía el poeta de América, y con esto queremos decir que era Pablo Neruda el que de un momento a otro iba a salir físicamente al aire cargado de salitre del puerto de Barcelona.

Estábamos clavados allí y nos parecía que se nos habían parado todos los relojes. El "Verdi" continuaba mudo, sin dejar entrever la más mínima señal de vida en la gigantesca concavidad de su vientre.

Fuimos caminando por el muelle hasta allá lejos, donde las gaviotas se desesperaban para lanzarse a un mar de óxidos y algas putrefactas. Y de pronto, al volver, el trasatlántico se había convertido ya en una ciudad maravillosa, multitudinaria y alegre. Corrimos hacia la escala por donde deberían bajar los viajeros de primera clase. Nadie detuvo nuestro paso. Habían pasado décimas de segundo cuando estábamos llamando con los nudillos en la puerta del camarote número 7, que Neruda ocupaba. Mas al abrirse la puerta, una cabeza de mujer, bellísima y con el pelo de fuego, asomó con el sueño pegado aún en los ojos y nos dijo.

—Ha subido al salón.

Los recorrimos todos, jadeantes, como un perro de caza. Así cruzamos el comedor, la sala de música, el salón que sirve de escritorio. El poeta no aparecía en ninguno de ellos, donde esperábamos hallarle sentado con su inconfundible cabeza de bronce patinado.

Fue una hora después cuando le vimos. Salía de la aduana en compañía sorprendente y amiga. Reconocimos a Matilde Urrutia, la mujer del poeta, la misma que había asomado la cabeza por la puerta del camarote.

Matilde, nombre de plata o tierra o vino, de lo que nace de la tierra y dura, palabra en cuyo crecimiento amanece, en cuyo estío estalla la luz de los limones.

También junto al poeta un íntimo amigo de sus años en Madrid: José Caballero, María Fernanda Carranza, su mujer, y Gabriel García Márquez.

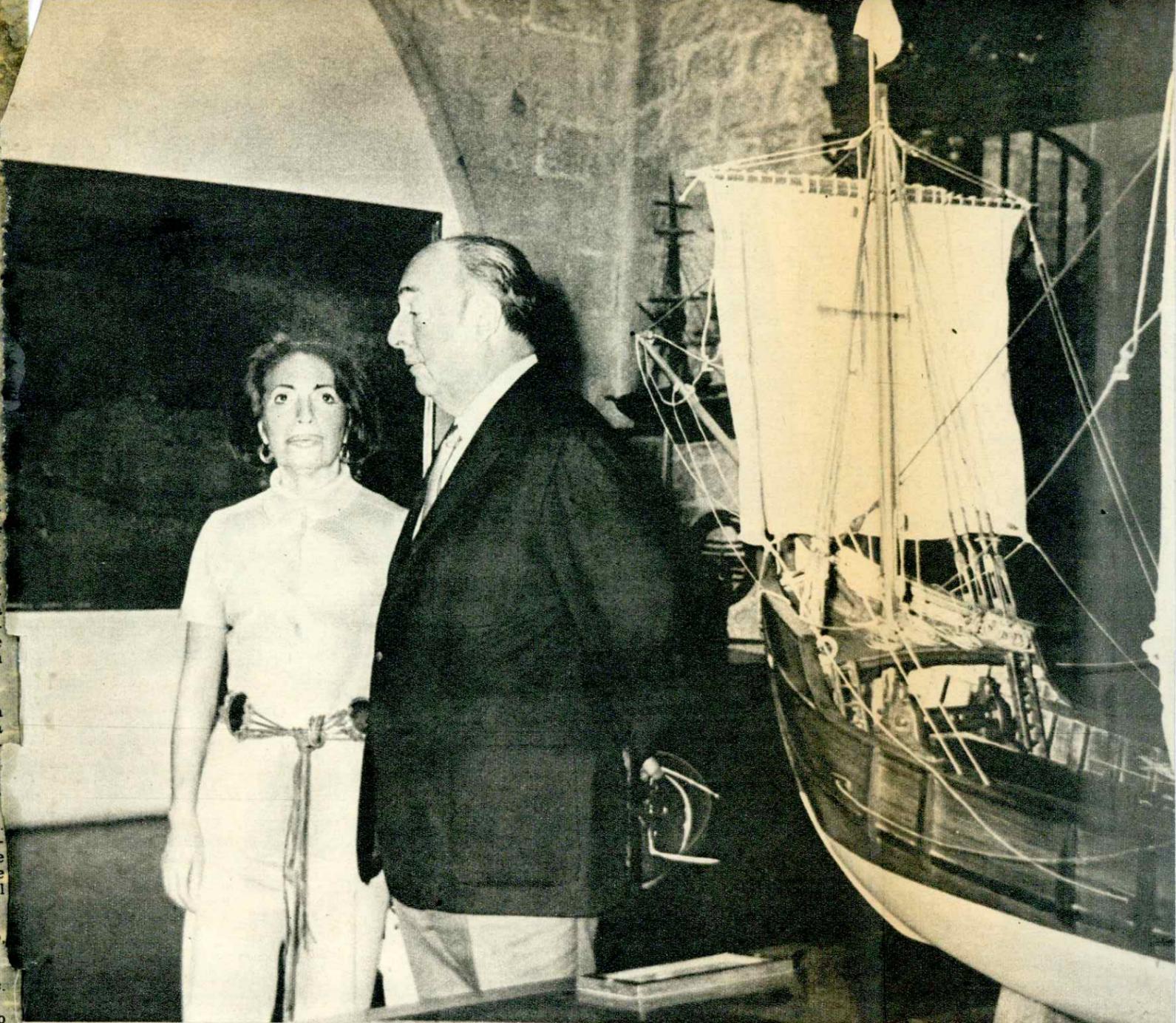
Neruda aparecía con la cabeza cubierta por su ya clásica gorrilla de fieltro. Vestía chaqueta azul y pantalón claro, con la pulcritud que le caracterizó ya en sus años de estancia en España.

El "Verdi" permanecería en el puerto de Barcelona hasta las ocho de la noche y Pablo Neruda había hecho ya sus planes.

—Primero quiero recorrer las librerías de viejo y luego visitaremos el Museo Marítimo de las Atarazanas. Nos queda el resto del día para tomar cerveza, hablar, reunirnos a comer en una taberna y seguir hablando.

En las librerías de viejo próximas al puerto Pablo Neruda adquirió dos únicos libros de gran valor bibliográfico: el primer diccionario de la lengua araucana (siglo XVI) y una "Historia de la Cultura Chilena", del padre Molina (siglo XVII).

La visita al Museo Marítimo representaba para Pablo Neruda el recrear recuerdos que están en el tuétano de su poesía



Ante el mascarón denominado "El Ninot", que representa a un muchacho con el nombramiento de alumno de Náutica en una mano y la gorra en la otra, nos dijo a los que le acompañábamos:

—Esta es una figura muy popular. Durante mucho tiempo, después del desguace de su buque, estuvo en la fachada de una taberna de Barcelona, a la que dio el nombre. Es una obra del siglo XIX. Yo tengo en mi casa de Isla Negra una bonita fotografía de "El Ninot".

Ante el mascarón de la "Blanca Aurora", talla policromada que adornó la corbeta del mismo nombre, Neruda recordó que era el retrato de María Parés, hija del capitán y armador don Silvestre Parés.

Fue muy lenta la visita al Museo Marítimo, y explicada por Neruda, el tiempo había pasado insensiblemente.

—Bueno, es hora de tomar cerveza y de hablar de nuestras cosas—dijo el poeta mientras abandonábamos las Atarazanas.

En un bar tranquilo, sentados a la barra ante dos vasos de whisky, hablamos ampliamente con Pablo Neruda. Comenzó dándonos una amplia noticia de sus últimos meses de trabajo y de viajes. Antes de

salir de Chile había publicado un libro de poesía titulado "Fin de Siglo" y dejó terminado otro, aún inédito, que se llamará "La espada encendida". Desde entonces viajó por Francia y estuvo en Moscú y Londres. En Italia, donde se representó su obra teatral "Fulgor y muerte de Joaquín Murieta", y desde allí regresó a Francia para embarcarse.

—Ahora voy ya de regreso a mi país, después de algunos meses de ausencia, para reintegrarme a mi trabajo y a mis deberes ciudadanos.

Estaba Neruda con los brazos apoyados en la barra del bar, muy pensativo, bebiendo distraídamente, a pequeños sorbos, el whisky rebosante de hielo. Parecía hundido en un mar de añoranzas y su voz era aún más lenta y matizada que de costumbre.

—España—nos dijo—es para mí una gran herida y un gran amor, y ustedes comprenden demasiado bien las cosas para aclararlas más. Pero los españoles deben saber que yo aquí viví mucho tiempo—los españoles de estas generaciones, que han olvidado ya muchas cosas—y que tomé parte, dentro de una generación extraordinaria, en las preocupaciones, en los debe-

res y en la poesía de una época. Esa época es para mí fundamental en mi vida. Por lo tanto, casi todo lo que yo he hecho después—casi todo lo que he hecho en mi poesía y en mi vida—tiene la gravitación de mi tiempo de España.

(Una tarde de 1934, ya muy próxima al verano, José Caballero había comido con Federico García Lorca en "Carmencita". Después se fueron a tomar café a "Chiki Kutz", en Recoletos, donde siempre encontraban amigos y compañeros de "La Barraca". Por el camino, Federico le anunció: "Vas a conocer a Pablo Neruda, el mejor poeta de América." Desde aquella tarde comenzó la amistad de José Caballero con Neruda.)

—¿Qué ha representado para usted volver a ver hoy a Pepe Caballero, después de treinta y cuatro años?

—Imagínese... que por aquellos tiempos Federico García Lorca había escrito el "Llanto por Ignacio Sánchez Mejías", alguna de cuyas estrofas escribió en mi propia casa, y casi todo el poema fue corregido también en mi casa. Federico y yo entendimos la lucha para que Pepe publicara en aquel tiempo, en "Cruz y Raya",



aquella primera edición estupenda del "Llanto".

(Pablo Neruda era entonces el cónsul de Chile y se había instalado en el piso más alto de la "Casa de las Flores", extraño y pintoresco Consulado, donde al entrar se encontraba el visitante una figura de cartón recortado que representaba el anuncio de ese hombre con barbas y llenos de parches rojos de los "Emplastos del Doctor Whinter", a tamaño natural. De las paredes colgaban máscaras javanasas, de las que Neruda había logrado reunir una magnífica colección, así como otros objetos misteriosos y atractivos, recuerdo de sus viajes por América.)

—Pepe Caballero y otros artistas plásticos de la época, como Maruja Mallo, y especialmente el gran Alberto Sánchez, "Alberto"—escultor que acaba de recibir de España el homenaje merecido, puesto que se trata de uno de los grandes escultores europeos—cruzamos el umbral de aquel tiempo, un tiempo encendido y apagado a medida que nuestras esperanzas y nuestros deseos se cumplían o se morían. Pepe Ca-

ballero me trae el recuerdo de una época anterior a la guerra, llena de alegría, de creación y de desenfado. Eramos todos más o menos locos; pero la guerra nos hizo ponernos muy serios.

(Neruda acudía al anochecer a la reunión de García Lorca en la terraza de la cervecería de Correos, en la calle de Alcalá, a la que eran asíduos Eduardo Ugarte, Miguel Hernández, Santiago Ontañón, el músico chileno Acario Cotapos, Alberto el escultor y Luis Lacasa, el arquitecto, además de Adolfo Salazar, Luis Buñuel, cuando estaba en Madrid; Pepín Bello, Rafael Rapún y tantos otros, algunos de los cuales formaban el grupo de "La Barraca". Muchas noches la reunión continuaba en casa de Neruda. En una taberna próxima se compraba pan, vino, tortillas de patatas y las guindillas que luego les harían arder la boca.)

—Bueno, el tiempo ha pasado y ahora Pepe Caballero está convertido en un pintor diferente de lo que fue. El siempre fue un gran dibujante que se iba especializando en la decoración de teatro. Federico lo

admiraba, sobre todo como un artista influenciado por el surrealismo de la época. Siempre, desde muy jovencito, demostró una gran capacidad creadora y una inteligencia formidable. Fue uno de los amigos predilectos de mi época, y aunque no conozco completamente su pintura actual, estoy seguro que no desmiente su relativo pasado, puesto que aún es muy joven.

(Neruda acababa de publicar su "Residencia en la tierra", que una noche había leído en su casa a los amigos de todos los días. También pensaba publicar un libro de poemas suyos con dibujos de José Caballero, que no llegó a imprimirse, porque ya estaba cercano el mes de julio de 1936; pero José Caballero colaboró con sus dibujos desde el primer número de una revista fundada por Neruda, "Caballo verde para la poesía".)

—En José Caballero abrazo yo a mis amigos de aquella época, en especial a los que alcancen todavía a recordarme, empezando por Vicente Aleixandre, siguiendo por Rosales, el poeta, que fue muy amigo mío entonces. Al recordar aquella época, a



Pablo Neruda y José Caballero, a quienes acompaña nuestro colaborador Marino Gómez-Santos, contemplan una pieza en el Museo Marítimo de las Reales Atarazanas. Abajo, la "Casa de las Flores", de Madrid, donde residió el poeta durante la época en que fue cónsul de Chile en España.

y ustedes saben que después de aquel entonces yo he escrito y he publicado muchos versos y muchos recuerdos sobre España. Está claro que mis grandes amigos como Federico García Lorca y Miguel Hernández me hacen mucha falta. Pero por ahí anda Rafael Alberti, con quien de cuando en cuando me veía en Buenos Aires, y ahora en Roma, no sólo para hablar de recuerdos, sino para gozar de una amistad que no ha tenido nunca ni siquiera la menor oscuridad. Si algún poeta de nuestro tiempo es todo claridad, ése es Rafael Alberti: una luz de España. Me alegro mucho de recordarlo en su tierra, aunque él es un provinciano de la Andalucía gaditana y un cantor del aroma y del color de Andalucía marina, del mismo modo que yo soy un provinciano del sur de Chile.

Finalmente, nos referimos al Premio No-

bel, para el cual ha estado propuesto Pablo Neruda varias veces.

—Esto de que le adjudiquen a uno los premios, las recompensas, son cosas más o menos exteriores. Yo tampoco puedo estar haciendo hipócritas renunciaciones a tal premio; no es mi género, no es mi especialidad tal cosa, porque creo que el Premio Nobel, donde caiga, está honrando a la Literatura. Pero yo me siento bastante lejos de eso. Desde hace tiempo vivo un existencia bastante apartada en mi casa de Isla Negra, de donde salgo únicamente para cumplir mis deberes cívicos. Yo soy también un político y recorro mi país. En este momento estamos en período de elecciones y voy a cumplir con mi deber. Fuera de eso, estoy siempre entre mis libros, y si usted me pregunta cuáles son mis proyectos y qué pienso del porvenir, yo le responderé: quedarme en mi casa, que se parece un poco—aunque más pobre—al Museo Marítimo, grandioso, de Atarazanas, que visitamos hoy.

Luis María Anson visitó al poeta en Isla Negra, y en su artículo "Neruda, cómo es" le retrató con un fondo de timones, conchas, caracolas, cuerdas, barcos de madera, faroles y mascarones de proa. Hacia esa casa, en la playa de Isla Negra, navega el barco que lleva al gran poeta de América.

Marino GÓMEZ-SANTOS

Fernández



mi se me confunden las cosas en un gran afecto. No hago diferencias ni juzgo a nadie; no tendría cómo hacerlo. Mi amor por España y por esa época sobrepasa los sufrimientos que todos tuvimos. Estoy muy contento de que usted pueda transmitir a través de mi voz, o lo que vaya a hacerse con esta entrevista, para decir que los recuerdo a todos los que sobreviven y, naturalmente, continúan mis esperanzas para que España alcance la grandeza que todos deseamos para nuestros pueblos favoritos.

España está en sus labios a cada momento. Es siempre el "ritornello" de su conversación, empapada de nostalgia.

—España fue para mí la revelación de mi raíz más antigua. Yo llegué inocentemente, sin saber bien de qué se trataba. España no es fácil. En España hay que darse de cabeza contra los muros para entenderla y amarla. Yo he tenido varios golpes de muro en la cabeza o de cabeza en el muro como para mantener vivo el recuerdo, la fidelidad a mis principios, que pertenecen a su época republicana... Y, en fin, a todo lo español, puesto que todo me toca.